

C. N. E. A. Biblioteca	
ARCHIVO PUBLICACIONES	
Nº 1	AÑO 1979

La energía nuclear y la opinión pública

Cuando el 6 de agosto de 1945 explotó la bomba de Hiroshima el gran público tomó conciencia dramáticamente de los adelantos logrados en el campo de la física nuclear. El triunfo que había significado para el hombre alcanzar en los años anteriores un escalón fundamental en el conocimiento de la materia quedó eclipsado por el horror de la destrucción masiva y de las secuelas desconocidas, pero temibles, de la irradiación de hombres y cosas. Un temor generalizado comenzó a rodear las experiencias "atómicas". Recuerdo las disquisiciones periodísticas en los días que precedieron los ensayos de Bikini. Algunas de ellas llegaban a predecir la "combustión nuclear" de los mares y la atmósfera iniciada por las explosiones. En pocas palabras, se preveía el fin del mundo. Es así como en la década de los años cuarenta la opinión pública asoció indisolublemente todo lo nuclear al medio de destrucción inventado por el hombre.

Algunos años después la posición mental generalizada fue cambiando, gracias a los programas intensivos de promoción de las aplicaciones pacíficas de la energía nuclear y de los usos de las radiaciones y de los radioisótopos puestos en marcha por los Estados Unidos de América y por organismos internacionales especializados. Si bien no se disipó una cierta atmósfera de temor inconsciente, fue prevaleciendo la sensación de que se disponía de una herramienta de poder casi ilimitado, capaz de resolver la mayoría

de los problemas materiales que aquejan a la humanidad. Mediante la aplicación de técnicas nucleares iban a ser controladas las peores enfermedades, el hambre iba a ser desterrada del planeta, el abastecimiento energético iba a ser barato e ilimitado.

Con el correr del tiempo los hechos fueron acotando tanto los temores como las expectativas. Se delincaron y delimitaron más claramente los aportes positivos que cabía esperar de la tecnología nuclear, desechando aquellas expectativas excesivamente optimistas que la realidad demostró infundadas. Al mismo tiempo un conocimiento más profundo de los mecanismos de acción de las radiaciones y la experiencia acumulada permitieron definir con mayor precisión los riesgos derivados de los usos pacíficos de la energía nuclear. Todo ello hizo que la opinión pública evaluara más equilibradamente el papel que debía desempeñar la nueva tecnología en la sociedad de nuestros días. Ni la energía nuclear es la panacea que resuelve todos los problemas de la humanidad, ni es la misteriosa caja de Pandora de la cual, una vez abierta, se desatan todos los males.

Sin embargo, me atrevería a decir que la posición hacia lo nuclear de la mayoría de las personas del gran público, aun de aquellas con formación científico-técnica, tenía, y quizás siga teniendo, una componente irracional muy importante. A esto contribuye, probablemente, una cierta dosis de misterio que siempre pareció rodear

a todo lo relacionado con lo "atómico".

Esta componente irracional está aflorando nuevamente, oculta en muchos casos detrás de un pretendido rigor analítico.

En efecto, se ha gestado en el último lustro una corriente antinuclear que ha adquirido particular virulencia. Esta nueva posición se encuadra en los movimientos generalizados de protección del ambiente inspirados en una toma de conciencia de los peligros que lleva consigo el desarrollo industrial en cuanto a contaminación y desequilibrio ecológico.

Es conocido por todos el apasionamiento que rodea estos temas en los últimos tiempos. Desafortunadamente diversos factores, entre ellos algunos de carácter político e ideológico, han hecho que la cuestión saliera del ámbito técnico de análisis para convertirse en elemento de polémica y de bandería. Dentro de este contorno se ha perdido frecuentemente serenidad y objetividad para encarar la solución de los problemas, y no se ha efectuado una ponderación racional de la relación beneficio/costo en la búsqueda de las posibles soluciones. Deseo aclarar que al referirme al beneficio y al costo no me refiero estrictamente a los aspectos económicos de los problemas planteados sino al conjunto de factores que deben entrar en la ponderación.

Esta situación, que cuestiona y afecta la totalidad de las actividades tecnológicas en la mayoría de los países más adelantados, se ha manifestado con particular intensidad en todo lo concerniente a lo nuclear. No es este el lugar para analizar los argumentos que se esgrimen en pro y en contra de la energía nuclear. Personalmente estoy convencido de que la energía de origen nuclear es la única que permitirá en los próximos treinta años hacer frente al incremento de la demanda energética masiva producida por el desarrollo industrial. Ello, obviamente, no implica que la energía nuclear sea excluyente y que no deban intensificarse los

esfuerzos para conseguir otras formas de energía más baratas y más asequibles. Pero el estado actual del desarrollo no permite abrigar muchas esperanzas en alternativas económicas y técnicamente viables antes de los primeros decenios del próximo siglo.

En lo que hace a la seguridad de las centrales nucleares, tan debatida por cierto, y sobre la cual tanto se ha escrito, cabe señalar sin entrar en polémicas bizantinas, que los cuidados tomados desde el comienzo de su desarrollo han sido, de lejos, los más estrictos y los más meticulosos, debido sin duda al temor que rodeó lo concerniente a la energía nuclear desde la primera explosión. Los hechos desapasionados lo demuestran: hasta el momento, con una experiencia acumulada de algunos miles de años/reactor, la industria nuclear no ha tenido un solo accidente de la magnitud de los accidentes que han afectado a las otras grandes industrias de la actualidad. Por otra parte, en todo el mundo se siguen perfeccionando los sistemas de seguridad de las centrales nucleares, habiéndose llegado a la elaboración y aplicación de conceptos que representan una verdadera avanzada en cuestiones de seguridad.

En nuestro país la situación ha tenido hasta ahora características diferentes: la opinión pública ha apoyado en forma constante el desarrollo nuclear argentino, acompañando con beneplácito los esfuerzos que los distintos gobiernos han ido realizando en este campo en las últimas décadas. La población ha sabido valorar en su justa medida el aporte de la energía nuclear al progreso general del país y a su independencia tecnológica y energética, mostrando una serenidad digna de su madurez. Esta confianza está respaldada por la preocupación constante de los responsables de la conducción nuclear por todo lo que hace a los aspectos de seguridad. Los expertos argentinos en este campo, hecho quizás poco conocido por el

gran público, se cuentan entre los mejores, y su opinión en los foros internacionales especializados es aceptada como fundamental en la redacción de normas y códigos de seguridad.

En concordancia con este nivel de excelencia alcanzado en el tema, en la reciente adjudicación de la central nuclear de Atucha II se ha exigido el cumplimiento estricto de los códigos y normas establecidos por el Organismo Internacional de Energía Atómica. De ahí que será ésta la primera central nuclear en el

mundo que se construirá bajo las rigurosas especificaciones de seguridad recomendadas por los países miembros del OIEA.

Es de esperar que la opinión pública argentina, de manera consciente y razonada, siga apoyando la actividad nuclear del país en la seguridad de que así se garantiza uno de los factores primordiales del desarrollo: el abastecimiento energético independiente.

RENATO RADICELLA